

OBRAS Y AUTORES:

Mario Cánepa Guzmán: Historia del Teatro Chileno

Por HERNÁN DEL SOLAR

El observador de nuestra literatura y de lo que sobre ella se escribe habrá advertido sin dificultad alguna que el teatro ocupa un lugar aparte, tan independiente como si consistiera en una actividad de rango menor. Se diría que vive en el desván. Esto es, sin embargo, inexplicable. ¿Acaso no tenemos teatro? ¿Existen o no autores dignos del mayor aprecio? ¿De dónde proviene este aparente desdén? Sin sumirse en reflexiones de rastreo, creemos que la causa está en una notoria pereza mental. Estamos acostumbrados a repetir lo que otros dijeron y a callar lo que por lo general se ha callado. Tal vez apareció algún día una historia de nuestra literatura sin un capítulo destinado al teatro, y todos —o casi todos— creyeron que ésta era la actitud correcta, exacta. Como no somos eruditos —y Dios nos libre de semejante malaventura— no nos atrevemos a decir que lo recién manifestado es una verdad irrebatible. Nada importa. Lo cierto es que al teatro se le mantiene en sitio distante, como en exilio. Y este desatino es señalado con claridad y conocimiento por Mario Cánepa Guzmán en su "Historia del Teatro Chileno", que publica la Universidad Técnica del Estado.

El libro llega en el más oportuno momento. Cada día se crean nuevos conjuntos, las obras se estrenan con frecuencia y éxito, y ahora, en la nueva ley que concierne a los Premios Nacionales, el teatro ocupa el lugar que le corresponde, dentro de la órbita literaria.

Mario Cánepa Guzmán está muy lejos de precipitarse. Hace ya buen tiempo que estudia tan importante tema y lo desarrolla con inteligencia. Pero si ya antes ha publicado obras sobre nuestra actividad teatral, en ninguna su visión es tan completa y plausible. Este volumen, enriquecido con numerosas fotografías, merece la más cordial atención, hasta el punto de que nos parece recomendable, como texto auxiliar, para los alumnos que deben poseer una buena noción de nuestro desenvolvimiento literario. Es un libro claro, ameno, cuyo principal propósito es el de una información precisa. La intención de Cánepa Guzmán no es otra que la de mostrar a todo lector —abiertas de par en par todas las puertas— los esfuerzos, sacrificios y aventuras de la más diversa índole que ha exigido a los autores, los actores y los empresarios la vocación teatral. Para realizar plenamente esta exposición generosa y necesaria, que pide detenimiento, sería investigación y constante imparcialidad. Mario Cánepa Guzmán no se ha atenido a sus personales preferencias como autor y no ha desdenado, por lo tanto, ninguna tendencia, poniendo a los autores y las obras en su sitio cronológico exacto, sin omisiones que merezcan reparo.

Desoso de dar una mirada a los orígenes, claro está que es poquísimo lo que encuentra. Los indios eran aficionados a declamar y gesticular con ruido en sus fiestas; pero el teatro no asomaba ni en pañales. Recuerda nuestro historiador estas frases del padre Rosales: "...tres días antes hacen el ensayo de la fiesta y, ensayando música, el cacique que hace la fleeta paga a los poetas los romances que han hecho y el premio consiste por cada romance en diez botijas de chicha y un carnero". No es un mal principio tal vez, pero es incuestionable que todavía falta muchísimo para la aparición del teatro, que da sus primeros vagidos a comienzos del siglo XVII, con diálogos en verso que no traen de España.

La Colonia no es teatralmente rica, como es fácil suponer, y lo que puede decirse de esos años lo sintetiza sistemática y nitidamente Cánepa Guzmán. El vistazo a la época termina con la protección que dio Marcó del Pont a la compañía de Josefa Morales, la Pepa como la llamaban los amigos. El principal de éstos era don Gasimiro, a quien —nos cuenta el autor— rindió la actriz un sonado homenaje, representando su compañía "El valiente justiciero" y recitando ella una loa "en versos tan malos que si don Francisco Casimiro no se marchó fue por los sentimientos que le acercaban a la actriz". Los patriotas terminaron todos estos festejos y diversiones con los triunfos de Chacabuco y Maipú. El teatro entra en nueva etapa al principiar los tiempos de la Independencia. Camilo Henríquez pide en "La Aurora de Chile" que se establezca un teatro permanente, porque lo considera "como una escuela pública". Don Bernardo O'Higgins comisiona a su edecán, coronel Domingo Arceaga, para que encuentre un local en donde puedan realizarse cómodamente funciones menos interrumpidas. Se levanta provisoriamente una sala en la calle de Las Ramadas —hoy Esmeralda— y la función inicial se verifica en julio de 1818. Desde entonces, el quehacer de las tablas presenta los altibajos más curiosos. El autor de este libro sube y baja por las vicisitudes, las cruza con mirada atenta y cordial, y no hay actor ni autor que se le escape. A todos los enfoca con lente fiel. La historia se hace entretenida —palabra que temen los tontos graves— y el lector va de página en página conociendo cosas que resultan muy de su agrado.

Entramos en el último recodo donde recorreremos las más diversas rutas, actuales todas ellas y algunas muy amplias y felices. Se empieza por un problema que a muchos autores y comentaristas ha interesado: ¿puede crearse un teatro netamente nacional? La solución parece haberla dado el público: que los autores escriban buen teatro sin intención de exhibir chilenidad, y los chilenos irán a aplaudir las buenas piezas cuya supremacía aspiración sea, con evidencia indiscutible, crear un mundo propio, sometido a sus propias leyes. Chile se enorgullece de una obra plenamente lograda; no necesita proyectarse en escena como producto comercial. Los autores y las obras no cumplen función de propaganda. Su misión es distinta. Esta universalidad a que tienden los autores —no por ello menos amantes de su país— ha dado a nuestra escena muchas obras de reconocido valor. Esto quedará de manifiesto en las páginas cuidadosamente estudiadas de Mario Cánepa Guzmán.

En su última parte, asistimos a la fundación de la Sociedad de Autores, a la institución del Premio Municipal de Teatro, al desarrollo del Teatro Experimental, el Teatro de Ensayo de la Católica, el de la Universidad Técnica del Estado y los diversos y cada vez más numerosos conjuntos de aficionados. Es una exposición bastante completa, que destaca debidamente a los autores de mayor relieve: Luis Alberto Heiremans, Sergio Vodanovic, Jorge Díaz, Alejandro Sieveking y varios otros. Como puede apreciarse a través de este somero comentario, que no tiende sino a informar, la Historia del Teatro Chileno, de Mario Cánepa Guzmán, es una obra que no debe ignorar ningún aficionado a la actividad teatral de nuestro país.

EL MERCURIO, SANTIAGO.

27-VI-1974 P.S.

Mario Cánepa Guzmán: historia del teatro chileno [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mario Cánepa Guzmán: historia del teatro chileno [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile